

JUAN DE LUIGI L.

JAIME EYZAGUIRRE G.

---

NO ES una personalidad ni una figura que pueda ser definida ni encerrada en un cartabón para dejarlo definitivamente clasificado. No podríamos decir que fue un historiador, profesor de historia del derecho, abogado y que sus obras y trabajos quedan enmarcados en esta delimitación. Podríamos agregar que fue un fervoroso y ardiente hispanista y un católico ejemplar, pero tampoco con estas indicaciones, que bastarían para llenar la capacidad y acción de más de una docena de huecos prohombres, llegaríamos a vislumbrar tan sólo en parte lo que Jaime Eyzaguirre era como Jaime Eyzaguirre. Si es tarea del historiador la de tratar de reconstruir el pasado, interpretarlo y llegar lo mas cerca que así sea posible de esa tan ansiada realidad, no lo es menos que para tratar de dar una exacta idea de una personalidad singular, los argumentos, las citas y los recuerdos se agolpan y arremolinan tratando de dar la turbulencia que podría en cierta forma dar una idea de lo que ese ser era y lo que de él trascendía. Y si esa persona con su contacto directo tuvo la rara virtud de influir o estimular mucho más que sus padres a muchos jóvenes universitarios, no sólo por años sino que por décadas, quiere decir que algo tenía en su interior y que sus ideas propias, bien concebidas, siempre jóvenes y nunca cansadas o marcadas por algún desaliento o por alguna preocupación, tenían un contenido que iba más allá de esa magnética exposición que cogía a sus interlocutores, ya fuera en una clase, en una conferencia o en una conversación.

Cómo olvidar los primeros años universitarios y cómo olvidar alguna vez las clases de Jaime Eyzaguirre. Creo no ser el único que así lo piensa y manifieste con absoluta franqueza. Pocos profesores han captado la mente y atención de un auditorio como lo hacía a

diario y corrientemente. Se podrá buscar una razón en un poderoso contenido, erudito y rebuscado, pero sería vano. Más bien creo que esa brillantez de su personalidad radicaba en dos cosas fundamentales: el haber conseguido ser totalmente sincero consigo mismo y el haber dicho siempre algo propio o marcado por una interpretación personal, inteligente y clara.

Esta interpretación subjetiva, bien manejada, satírica e irónica a la vez, las unía a un conocimiento serio de las fuentes documentales a las que siempre se abocó como historiador. Pero hay que destacar que en contraposición a su exposición verbal que ya hemos señalado, hay en sus escritos históricos una redacción en la cual el hombre de derecho vigila desde muy cerca al historiador. En pocos trabajos históricos el hombre de derecho se ausentó de esta vigilancia. Fundamentalmente en *Ventura de Pedro de Valdivia* y en *Fisonomía Histórica de Chile*. En ellas, el impulso y el vigor de la narración, brotan de un entusiasmo y de una elaboración mucho más libres, que nos ponen más en contacto con su personalidad. No así otros trabajos históricos como su *Historia de Chile y Chile bajo el gobierno de Errázuriz Echaurren*. *Fisonomía Histórica* tiene un lenguaje en el cual las palabras y los conceptos huyen de este ojo vigilante y reflejan más acentuadamente los sentimientos de su yo y su intelecto y el cariño por los estudios que cultivaba. Tal como la *Decadencia de Occidente* de Spengler es un mensaje histórico con un enorme contenido poético expresado no en lo formal sino que en su contenido y en lo que alguien podría llamar su mensaje, también *Ventura de Pedro de Valdivia* y *Fisonomía Histórica de Chile*, encierran un contenido histórico elaborado y madurado con un enorme potencial poético, que nos acerca como ningún otro de sus trabajos a su personalidad más íntima. Tanto las frases, como las palabras, están cargadas de este contenido y la argumentación es clara y atrayente desde un comienzo y sea quien sea el que lea sus páginas, se sentirá antes que todo, muy ligado a lo que el autor expresa. Es la frescura de leer algo que tiene contenido, de alguien que en realidad tiene algo que decir y que ese algo lo expresa con todo su sentimiento, con elegancia en el manejo de los conceptos.

En su *Historia de Chile*, vol. I, y en *Chile bajo el gobierno de Errázuriz Echaurren* el relato y la argumentación, son estilísticamente medidos y podados al enfocar la narración histórica. Tanto el respeto por la objetividad, por los hechos, principalmente los presentados en forma documental, lo revisten de un estilo que ha querido

ser impersonal, pero que no por eso deja de ser propio. En ellos se han medido los adjetivos, las opiniones y muchas veces las conclusiones. En esta forma la objetividad de la que hizo uso, siempre dentro de sus convicciones y de la franca información de su modo de pensar, la presenta vigilada por un jurisconsulto que nos parece que empaña mucho la narración histórica. Y no tan sólo en la forma y en la canalización del desenvolvimiento del trabajo sino también en las conclusiones. A pesar del claro conocimiento de la escuela histórica-cultural de León Frobenius que enseñaba en sus clases con un provecho para sus alumnos que no tendrán nunca como agradecerse, no pudo en el desarrollo de sus trabajos, empujarlo de su pedestal y reemplazarlo por un sistema de conocimiento histórico que como disciplina no habría desmerecido en absoluto en cuanto a respeto a la objetividad y forma de trabajo.

Pero no olvidemos tampoco que pese a sus estudios de derecho, a su formación religiosa que la sostuvo como pocas personas, como norma de vida, fue un hombre que se formó por sí mismo y en el fondo un autodidacta. No encuentro a este término ningún significado peyorativo que desgraciadamente un adjetivo invisible parece recubrirlo. Por el contrario; autodidacta significa esfuerzo, dedicación y por sobre todo interés, entusiasmo y voluntad. Faltará el sistema, faltará la coordinación pero son estas cosas que el esfuerzo y la voluntad que han formado una disciplina individual, pueden sobrellevar y también adquirir, fuera de marcos y moldes académicos.

Jaime Eyzaguirre destacó siempre y en forma notable estos rasgos de su formación. No era un simple aficionado como podría haberlo catalogado más de algún acartonado docente. Su disciplina e interés por los estudios históricos lo hicieron abarcar con verdadero interés y con verdadera curiosidad y entusiasmo, los campos del saber que no entraron en sus estudios de la Escuela de Derecho. El conocimiento que tenía de filosofía, de escuelas y sistemas, era amplio y denotaba haber leído y digerido una gran cantidad de lectura para llegar a dar en sus clases, en conceptos claros y en citas pertinentes, lo que cada escuela o teoría sustentaba o había defendido. Después de ello venía en algunos casos el defensor y el argumentador claro y honesto para defender lo que para él algo significaba. Pero si se trataba en algunos casos de personas, escuelas o conceptos con los cuales tenía poca simpatía, a la exposición objetiva de ella se sucedía una fina, satírica, irónica y terrible crítica desde un punto de vista suyo muy propio que hacía las delicias de todos los que lo escuchaban

incluso si eran o no eran partidarios de lo que se había criticado. Su ironía era fina, pero demoledora y los argumentos presentados bien pensados y muy bien entretejidos. Sus dotes de maestro en la amplia medida de la palabra hacían que no se perdiera ni una sola palabra de las que expresaba frente a su auditorio.

Fundamentalmente defendió con todas sus brillantes dotes la conquista española de América. Lo hizo con todo su ser: en forma apasionada en la búsqueda del conocimiento histórico, pero nunca ocultando o tergiversando hechos o acontecimientos. Si alguna cosa deberán de reconocerle, será que a pesar de haber sido apasionado, satírico e irónico y buen polemista, siempre tuvo el respeto fundamental, hacia la verdad histórica. Sus tendencias y creencias nunca las dejó a un lado y hay que reconocer que no fueron ellas obstáculo para que su ser manifestara jamás alguna forma de intolerancia en sus clases o con algún alumno.

La defensa de la conquista española de América la realizó a base de un buen y sostenido estudio de hombres e instituciones. El análisis de las Leyes de Indias, la incorporación del acervo cultural español y su evolución en todas las extensas regiones americanas con todos sus defectos, omisiones y virtudes encontraron en él a un apasionado estudioso y a un investigador de ellos.

Su catolicismo militante y su simpatía innegable por la defensa de la hispanidad lo hicieron aparecer a la vista de muchos ignaros como un hombre reaccionario, perteneciente a un cerrado círculo clasista, partidario de la restauración del imperio español en América y del sistema monárquico. A más de ello, defensor del régimen portaliano y del sistema conservador de gobierno. Muy alejados están de la realidad quienes así pensaron o así lo tienen etiquetado. Si no se podrán negar sus arraigadas creencias religiosas ni su ferviente defensa de la cultura hispánica, no por eso dejaba de tener una concepción del mundo en la cual consideraba todos los valores en juego y en boga, analizando los momentos de aguda crisis histórica de nuestro país al que amaba entrañablemente, el destino de Sudamérica y el acontecer histórico universal. He conocido pocas personas que profesando en forma definida tendencias y creencias manifestadas a través de una verdadera vivencia, hayan tenido un espíritu de tanto respeto hacia el prójimo y de tanta tolerancia frente a oponentes no sólo ideológicos sino también de otra clase. Si a ello agregamos como se ha manifestado, sus enormes condiciones de polemista y de hombre apasionado, encontramos que, o supo dominar sus pasiones,

o era precisamente el más indicado para unir la docencia universitaria y la convivencia con la juventud, para entregar a ella más que un bagaje cultural, esa manifestación del espíritu humano que si no lo impregna, no será nada más que una vaga palabrería, muy sabia o erudita, pero que no llegará a ser transmitida ni captada por la juventud.

Su labor fue marcada siempre por el agrado de realizar las cosas que le atraieron. Su labor periodística y editorial lo llevó a la fundación y publicación, durante muchos años de la revista "Estudios", de la revista de la Universidad Católica *Finis Terrae* y de la Editorial Difusión. En esta última reimprimió en la Colección *Letras Chilenas*, inencontrables libros relacionados con la historia y la literatura patria tales como *El Puente de Cal y Canto* y *La Chimba Antigua* de Justo Abel Rosales, *Médicos de Antaño* de Vicuña Mackenna, el *Diccionario del Entrometido* de Vicente Pérez Rosales, *Costumbres y Viajes* de Alberto Blest Gana y muchos otros. Junto a ellos publicó un delicado trabajo que intituló *Viejas imágenes de reminiscencias y memorias*. Publicó también *Páginas Históricas* de Alberto Edwards, su maestro y amigo, que mucha y quizás si preponderante importancia tuvo en su formación. A él lo ligó una amistad que le transmitió mucho de la personalidad y de las aficiones de Alberto Edwards, sin excluir a Román Calvo a quien, según él mismo contaba, lo sacó de apuros en más de una vez al ser llamado apresuradamente por Edwards, quien no sabía sacar del atolladero en que había metido al primer detective de novela policial chilena.

Su amor por la historia patria, lo unía a otro casi tan grande por la ciudad de Santiago. Santiago era su ciudad, la recorría y la recorrió a pie. Nunca en vehículo. Era proverbial verlo en las mañanas entre la Plaza Italia y la calle Seminario o por la Alameda hasta la Universidad Católica. Era un conversador peripatético. La caminata era un desahogo de la vida sedentaria y casi siempre era acompañado por dos o más amigos en estos viajes. Era un buen conocedor de su ciudad a la que quería y apreciaba a pesar de todos sus defectos e incomodidades. Era otra de sus cualidades: el amor hacia el terruño y al lugar donde había nacido y vivía.

La principal parte de su vida, Jaime Eyzaguirre la dedicó a la docencia. Esa docencia que ha dejado huellas inolvidables en todos aquellos que tuvieron la suerte de ser sus alumnos. El lugar que ocupará en la historiografía nacional lo dirimirá el desarrollo de los

estudios históricos nacionales a los que dedicó sus investigaciones y trabajos.

La importancia de sus escritos sobre la emancipación nacional, no ofrecen dudas sobre su consecuente labor. Desde la tesis de don Alberto Edwards sobre lo prematuro de la independencia nacional, motivada por los sucesos de 1808 en España y a través de un dilatado proceso de decantación, entregó su propia versión histórica en su *Ideario y ruta de la emancipación chilena*, destacando el espíritu de libertad y lealtad emanados del pueblo español y reflejados en la tradición de sus instituciones y que en este caso concreto, los pueblos de América manifestaron a través de Cabildos Abiertos y Juntas.

Recuerdo un foro en el que intervino junto a Sergio Villalobos sobre la independencia nacional y sus antecedentes. Tanto el análisis, la argumentación y las conclusiones abarcaron los problemas del contrabando, el comercio a fines del siglo XVIII y el pensamiento político manifestado durante la gestación de la independencia. Ambos coincidieron en la apreciación de los hechos casi en su totalidad por la sencilla razón que a la luz de la documentación y del material histórico trabajado, la realidad histórica se presentaba clara, sin la posibilidad de torcerle la nariz tendenciosamente. En esta forma, diversos caminos de investigación, regidos por la honradez de la investigación, pueden llegar a las conclusiones objetivas que permiten la reconstrucción en parte del pasado, meta de todo historiador ya sea narrativamente, o a través de la corroboración de una problemática que muchas veces en el transcurso de una investigación debe de ser cambiada en la forma y a veces en el fondo. Mucho de la ironía de Jaime Eyzaguirre y de su fino sarcasmo podría aplicarse a los métodos cuantitativos y a los formuladores de problemáticas y preguntas sin respuesta a la musa Clío. La falta de conocimiento en el análisis documental, de su procedimiento, el encuadre histórico formulado sin evaluar todos los testimonios del pasado o precisamente, sin tomar en cuenta lo desaparecido o no llegado a nuestras manos, debería de ser también "cuantitativamente" calculado. Por desgracia para estos ingenieros calculistas y problemáticos de las ciencias sociales, la historia tiene su propia forma de conocimiento histórico o más bien dicho, la historia es una forma de conocimiento cuyas técnicas y procedimientos tienen que estar acordes con ella. Y esto no es nuevo. Por lo menos desde Juan Bautista Vico y Voltaire para no remontarnos más atrás mucho se ha dicho y escrito sobre la materia, tanto en el siglo XVIII, XIX y XX por historiadores, alema-

nes, italianos, ingleses y también franceses. La vena irónica y polémica de Eyzaguirre sigue las huellas de Pedro Nolasco Cruz a quien admiraba y cuya huella se notaba más en sus conversaciones que en sus escritos.

Si alguno de sus libros merece una apreciación particular, sin duda que es su *O'Higgins*, obra premiada en su tiempo y con numerosas reediciones y conocido en todos los ambientes nacionales y también internacionales. La narración de la vida de O'Higgins está hecha en una biografía tan completa como es posible al aprovechar todos los antecedentes documentales y bibliográficos tenidos a mano. Incluso el uso de documentación privada, principalmente la que fue propiedad de don Domingo Edwards, Jaime Eyzaguirre las supo manejar con medida y sin desencuadrar o desnivelar el marco histórico por hacer uso de un material inédito. Este material, lo supo valorar y distribuir convenientemente. El relato, el lenguaje usado en la narración y la pintura o el esbozo que Eyzaguirre nos entrega de O'Higgins constituyen la expresión de un escritor y de un historiador que ha logrado una conjunción entre ellos, el mérito de haber plasmado ambas cualidades tan difíciles de ejecutar en una biografía de una manera ejemplar. Los retratos de la personalidad de O'Higgins, de su triste juventud, la dura época de las definiciones y de la guerra patria, han sido escritas con verdaderas pinceladas que corroboran una vez más los profundos sentimientos de artista y poeta que en su interior moraban. Y no es una casualidad que Jaime Eyzaguirre pudiera disertar sobre el barroco, sobre el barroco español y el churrigueresco en particular, de una manera profunda y también tan personal que quien no lo hubiera conocido, habría creído que era un hombre que dedicó su vida al estudio de la historia del arte con especialización en barroco español.

Su *O'Higgins* también nos permite constatar la objetividad de sus sentimientos educados para eliminar las abanderizaciones y apasionamientos que todavía hoy juegan sobre muchos acontecimientos históricos de la independencia. También para eliminar grotescas opiniones, uno de ellos su simpatía hacia el bando realista. No podrá argumentarse ningún período o frase que lo refleje. Tampoco se podrá encontrar una simpatía o una defensa de la oligarquía santiaguina en sus divergencias con el Director Supremo. Si algo se nota, es un relevante cuadro de las virtudes cívicas y republicanas que don Bernardo O'Higgins desarrolló y mantuvo; la personalidad pública y privada, incluso los estados de ánimo que Jaime Eyzaguirre

supo intuir en el Director Supremo. Considero que su *O'Higgins* es una manifestación de algo que envuelve al historiador que supo escoger al material, al escritor que supo vertir en frases limpias, medidas y con matices nunca subidos ni exaltados las vivencias que en su mente elaboró con todas sus cualidades imaginativas, tan ricas y profundas. Obras de esta calidad histórica aunque en otro estilo, las encontramos en la biografía escrita por Ricardo Donoso sobre el Marqués de Osorno, trabajo que por otros caminos y sendas muy diferentes, nos entrega una visión de un hombre que tuvo una enorme importancia en la vida nacional, aprovechando también un vasto y rico material documental y una vena de escritor distinta a la de Jaime Eyzaguirre.

El análisis de todos los trabajos de Jaime Eyzaguirre no podría resumirse en estas breves líneas que no tienen otro objeto que recordar al maestro, al hombre de estudio que se volcó totalmente en la educación y en la docencia universitaria, al defensor de la soberanía nacional y al ser que con sus dotes y cualidades humanas pudo acercarse a los que fueron sus alumnos y entregarles mucho más de lo que ellos le pidieron. Las generaciones que lo escucharon y conocieron y que supieron de su amistad de su persona fina y gentil, no dejarán de recordarlo, con su voz y expresión suave, correcta e irónica, con sus constantes movimientos de cuello y con una sonrisa eterna en la boca, humana, cordial e inolvidable.